

el desengaño. Cuando por carácter ó por necesidad no puede llegarse á la necesaria y profunda abstracción que requiere el misticismo; cuando hay que morar en el mundo material que poblamos seguir los impulsos que en él se reciben, batallar de continuo contra los que deben ser nuestros hermanos, que en más de una y más de cien ocasiones justifican plenamente el feroz principio de Hobbe, las almas fuertes buscan consuelo en lo superior y eterno, se sobreponen á las pequeñeces de la tierra y hallan una tranquilidad relativa en la veneración que deben á lo que para ellas es objeto de culto. Hé aquí el poeta religioso; hé aquí á Carpio. Supo resistir los enconos de la pasión; acredita con su poesía severa al par que bella que supo hacerse superior á todas las miserias que le rodeaban, y no puede extrañar en manera alguna que en varias de sus composiciones se advierta la queja muda que se retrata en el semblante del hombre bueno y virtuoso á que se asoma el alma. Hombre pensador y profundo, de gran saber y extensos conocimientos, extrañaría menos que nosotros lo extrañamos verse en muchas ocasiones de su vida; ver cuán solo poco eco hallaban sus palabras, pues bien sabido tendría que en las terribles luchas de la vida, en este cruel y eterno purgatorio que se llama mundo, sin que nos sea dable descansar un momento ni permitirnos reposo, sin poder abandonar la carga, dominados por la fatiga, tenemos que seguir suspirando acongojada-

mente y no podemos menos que exclamar al cabo: *Piu non posso*; pero del mismo modo que en su *Purgatorio* Dante sólo lo escuchaba de los míseros á quienes veía, aquí de nosotros, sólo lo perciben aquellos que nos contemplan con afección y se duelen de nuestras penas.

Para embellecer la realidad, contaba Carpio con una poderosísima imaginación, pulida por la sin igual cultura que adquirió en los verdaderos libros del saber; la palabrería insulsa de tantos y tantos como procuran con sus alambicados versos conquistarse el epíteto de poetas, falta por completo en sus rimas, donde brillan cuantas condiciones pueden ser apetecibles en un verdadero vate. Vano será buscar en ellas faltas de propósito, como sucede con frecuencia en otros, el arrullo de la tórtola, ni el suspirar del viento, ni el trino de las aves canoras, ni el cambiante de la luz, ni el perfume de las flores, ni la sonrisa dulce, ni el halago tierno, que son los comunes y corrientes elementos con los que el mayor número de los que se llaman poetas forman sus rimas, dándoles variedad sólo porque barajados, ora de un modo, ora de otro, caen unas veces hacia arriba, otras veces hacia abajo. No, en Carpio no hay nada de esto; en Carpio hay, y se advierte desde luego, la elevación del hombre de saber que tiene pensamientos propios, la profundidad de concepto, que atestigua penosas vigiliás, consumidas en el estudio, y una

pureza en la dicción exenta por completo de modismos y vicios que pudieran vedarle el acceso á la más rigurosa Academia.

Sobresaliendo en el género descriptivo, creemos que no sólo en la literatura mejicana, pero ni aun en todas las demás, será posible encontrar quien pueda aventajarle; ve con una claridad sin igual, copia de una manera admirable, aprecia los detalles más insignificantes, y sus composiciones son verdaderos cuadros en los que no sólo se vé, sino que también se respira y se alienta. Una imaginación del trópico halló pasto apropiado en la historia del pueblo, cuyas mayores grandezas se cumplieron en los áridos arenales de aquellos vastísimos desiertos, inseguro camino para la tierra de promisión; de aquel pueblo exaltado que no hizo más que poesía, que aun se conserva en el libro más hermoso que puede llegar á manos humanas, antología de antologías, donde cada pensamiento es una sentencia, y cada sentencia es una flor, y cada flor un objeto de embeleso que arrastra á nuestra alma. Es idea que no desecharemos jamás; no hay libro que pueda ser comparado con la Biblia, desde cualquier punto de vista que un libro pueda y deba ser estudiado; ha resistido los terribles embates del tiempo, ha sostenido los más duros ataques de acerba y enconada crítica, y se ha conservado á través de todas las lenguas, de todas las razas, de todos los pueblos; su admirable paralelismo en las rimas, se sostiene im-

pegiendo la acción á la acción, como la ola impele á la ola, poesía del corazón y de la razón al propio tiempo, que tiene todos los elementos necesarios en la verdadera poesía. En este libro, para el cual suspendemos nuestras alabanzas, porque no se ocurren á nuestra pobreza palabras que siquier aproximadamente indiquen todo lo que sentimos, halló Carpio ideas que le sirvieron para un buen número de composiciones, de las que una sola hubiera bastado para que el tribunal más riguroso le diera los títulos de poeta en reñida concurrencia.

La Biblia sola no hubiera bastado al poeta; sus composiciones, es cierto, están inspiradas en los magníficos cuadros que ofrece el libro por excelencia, pero acreditan también un perfecto conocimiento de la antigüedad, de sus ritos, de sus creencias, de su geografía y de todo, absolutamente todo lo que á ella se refiere. No se crea, sin embargo, que es el único género que el poeta cultivó, en el curso de este ligero estudio haremos notar cómo su imaginación no se ciñó exclusivamente á él, sino que, sin desmentir sus relevantes condiciones de poeta, se extendió á otros, en los que por cierto no decae.

De entre las muchas composiciones que para su gloria podríamos citar, hay una, conocida ya de nuestro público, que es admirable, tanto por el asunto, como por la elevación de concepto, su armonía y su pureza de dicción,

siendo al propio tiempo uno de esos admirables cuadros bíblicos que harán eterno el nombre del poeta. La grandeza de los imperios se derrumba á los ciegos golpes de la fortuna, y atónitos hoy nuestros ojos, contemplan en ruinas antiguas capitales que, á juzgar por lo que dicen historiadores que las vieron, parecería que habían de ser eternas, Palmira, Nínive, Babilonia, emporios un día de lujo y riqueza, nada son hoy, y sólo se halla determinado su emplazamiento por titánicas ruinas. Asentada un día en medio de la llanura Sennaar, rodeada por el Éufrates la capital del imperio Babilónico, veíase rica y poderosa, creíase segura con la protección que le otorgaban las ciclópeas murallas que circundaban su ámbito y las cien inexpugnables puertas de bronce que daban acceso á ella. El soñado país de las delicias tendrá tal vez una capital que iguale, pero no que exceda á la antigua Babilonia; sus templos suntuosos atesoraban, para el culto de Belo, cuantiosas riquezas reflejadas de continuo en los pulidos mármoles que formaban sus paredes; sus cúpulas gigantes, parecían ambicionar el papel para que la soberbia torre, causa de la dispersión, fuera comenzada á levantar; sus edificios parecían indicar que en aquella población sólo moraban magnates, y magnate de magnate, el Emperador pasaba su regalada existencia en alcázares magníficos de los que sin duda se han copiado para excitar la atención en esos cuen-

tos asiáticos donde las hadas y los genios desempeñan tan importantísimo papel. Por mucho que la imaginación abulte los hechos, no llegaremos nunca á formarnos idea de lo que fueron aquellas suntuosas cortes donde todo parecía prodigioso: Nemrod, fabuloso personaje, tal vez la creó y guarneció con aquellas murallas que fueron una de las maravillas del mundo; contribuyó á su embellecimiento la legendaria Semiramis y terminó sus obras de encanto, según refiere la historia, uno de sus soberbios monarcas, aquel Nabucodonosor, que, enamorado de una de sus mujeres, la hermosísima Amgtis, hija de Cyaxares, que tanto echaba de menos las floridas y risueñas comarcas de la Media, donde había nacido, le llevó á construir los suspendidos jardines en que se recreó más tarde; en lo humano no hay nada estable, y todo aquel poderío, toda aquella grandeza ha desaparecido en la lóbrega noche de los tiempos; no quedan de ella más que ruinas asombrosas, que forman profundas y oscuras cuevas donde anidan fieras y terribles reptiles. Pausanias dice de ella que era la más hermosa ciudad que el sol podía ver en su carrera; afirma San Jerónimo que de sus ruinas hicieron los reyes partos un coto donde cazar tigres y leones, en el siglo xi Benjamín de Tudela, recorriendo aquellos lugares, no halló más que dos mil judíos miserables poblando sucio y asqueroso barrio.

Para llegar á tal extremo, la historia profa-

na nos dice poco; la sagrada no aclara más, pero es lo cierto que de ellas es lo único que sabemos. Divididos y corrompidos los hijos de Israel, no tardaron en verse reducidos á penosa esclavitud por Nabucodonosor, rey de Babilonia, que los arrastró en pos de sí á su fastuosa córte haciéndolos testigos de la depravación de aquella populosa ciudad; tristes y llorosos, colgadas las arpas en las ramas de los sauces que se reflejaban en la corriente del Éufrates, dolíanse con sorda pena de sus desdichas, lamentaron su suerte y llamaron la *gran prostituta* á la ciudad que tenían por cárcel. Aquella penosa cautividad, terminó, gracias á Ciro, monarca persa, cuyas huestes arrasaron la ciudad de Belo, de las murallas y los jardines. Reinando Baltasar, una noche, cuando ya el estruendo de las armas, el crujir de los carros y el relinchar de los caballos debía haberlos tenido á todos en cuidado, el monarca se embriagaba con el vino y los placeres, rodeado de los grandes de su córte, de sus mujeres y de sus concubinas, en uno de aquellos salones donde las riquezas modernas podrían parecer, cuando más, ofrendas de tierna caridad; cubierto el suelo con mullidas alfombras, embalsamaban el aire los ricos aromas que se quemaban en magníficos pebeteros, chocaban las copas y cada vez eran más atronadoras las risas y las báquicas canciones. El vate, animado con su poderoso numen, ha visto esto y lo ha embellecido de

admirable modo; en la composición á que nos referimos luce sus ricas dotes de poeta descriptivo, y la introducción del corto poema, que así podemos llamar á su admirable *Cena de Baltasar*, prepara el ánimo y augura desde luego bellezas que con efecto no faltan.

Era de noche, y la redonda luna,
Desde la inmensa bóveda del cielo,
Alumbraba los sauces del Eufates
Y á la gran Babilonia en sus festines,
Fortalezas, alcázares, jardines,
Y los templos magníficos de Belo.

Tras tan breve cuanto bella introducción, el poeta que en su cerebro siente el cuadro, se traslada á las afueras de la ciudad, donde está acampado el ejército sitiador, y pocas veces, muy pocas, recordamos haber visto una descripción tan propia ni tan bella; se ve cuanto en ella dice, se escucha cuanto en ella enumera, y creemos que más que cuanto podamos decir vale presentarla á nuestros lectores para que por sí juzguen.

El intrépido ejército de Ciro
Está sobre las armas impaciente
Por tomar la ciudad: la infantería
Se conmueve y agita sordamente,
Cual negra tempestad que allá á lo lejos
Brama y rebrama en la montaña umbría,
Ya se aprestan de Persia los jinetes,
Sus fuertes armaduras centellean
Y encima de los cóncavos almetes,
Altos plumajes con el aire ondean.